



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

INTRODUCCIÓN

La entrevista nació y se expandió en el siglo pasado, cuando el periodismo informativo se iba desarrollando. Sin embargo, cuenta con un arraigo más antiguo y profundo: fija sus bases en la conversación, en las interrogaciones que el discípulo dirige a su maestro, en los diálogos literarios y en los ficticios que se divulgan a través de la prensa... Cuando éstos se hallaban en decadencia se produce la irrupción de los diálogos reales, acogidos desde el principio con simpatía, pues el lector necesita saciar la curiosidad respecto a lo que sucede en su entorno, sobre todo en lo que atañe a las personas que se mueven a su alrededor.

Aunque la implantación de la entrevista en los periódicos es lenta, cuando llegamos a nuestra centuria ya la notamos presente de una forma destacada. No abunda, sin embargo, pese a que un manual de 1906 (el de Mainar) la considera «una fórmula precisa y preciosa de la información», que se halla «muy en boga». Hay que esperar a estas últimas décadas para apreciar que se encuentra absolutamente afianzada en los medios, donde ocupa posiciones privilegiadas, dada la importancia o utilidad de su aportación, lo que se refleja en el espacio que se le dedica. Además, prácticamente se ha extendido a toda clase de impresos, tanto mayoritarios como

minoritarios, tanto vulgares como cultos. «Se ha popularizado tanto que todos los directores de periódico la consideran ahora como una de las columnas del periodismo», escribe Bond (p. 132).

La entrevista ha recibido elogios encendidos y hasta desmesurados, y son muchos los que la consideran como una especie sublime entre las modalidades de expresión periodística. Al reportaje y a la entrevista los conceptúa Acosta Montoro como «géneros-rey del periodismo». Las razones de tal consideración estriban en que «nacen de una realidad, de una necesidad de crítica social, de expresión personal ante los demás, y que se convertirán en la aportación más valiosa con que el periodismo devuelve a la literatura cuanto ésta ha contribuido a su desarrollo» (t. I, p. 275). Otros subrayan las dificultades inherentes: «Subgénero realmente difícil entre los periodísticos» es para Martínez de Sousa (p. 160). «La interviú es uno de los géneros más difíciles del periodismo y, sin embargo, es algo consubstancial a la profesión», proclamaba Graña hace más de sesenta años (p. 180).

A cambio de una consideración tan positiva, no ha recibido la atención teórica y bibliográfica que merecía. En algunos manuales de periodismo se ha pasado por encima de la entrevista como sobre ascuas. En la mayoría de los casos se limitan a dedicarle unos párrafos o unas páginas, como un simple catálogo de consejos, producto de la experiencia o de la intuición. En pocas ocasiones se ha intentado un tratamiento global, académico, clarificador de sus características, desmenuzador de su estructura. Hasta hace poco el estudio más citado sobre el tema era el de Manuel del Arco, aparecido por primera vez en 1953, revelador de la experiencia brillante y veterana del autor, pero que no brinda un tratamiento sistemático y académico de tales textos. En nuestros días ya se le dedican análisis más consistentes, pero todavía no existe una exacta correspondencia entre el uso de esta modalidad y su tratamiento teórico.

Como tampoco la hay entre la gran entrevista, que suele reservarse a los redactores mejor preparados, de aquellas más usuales y facilonas que se dejan al manejo de cualquiera. Ya se quejaba González-Ruano hace años (1959) de que se «ha considerado siempre la entrevista como un sistema de empezar a abrirse camino y una vía de ascenso que impide continuar en ella a quien se considera ya ascendido por méritos de guerra o de escalafón». No es un fenómeno de este tiempo nuestro, porque a principios de siglo se manifestaba en el mismo sentido Mainar: «En cuanto un reportero comienza a valer y a adiestrarse en su especialidad, pugna por ser articulista y encerrarse en la redacción a decirle cosas al gobierno y a *dirigir* la opinión, tarea mucho más cómoda que la de registrar los latidos de esa misma opinión» (p. 97).¹

Los periódicos españoles de todas clases y tendencias aparecen llenos de entrevistas. Las encontramos en la radio y en la televisión, con el curioso fenómeno de que, por lo general, no son incluidas en los noticieros radiofónicos y televisivos, mientras que se han creado espacios arrevistados donde imperan con todo su esplendor. Los semanarios y suplementos dominicales las colocan en un lugar de honor; dedican a este menester a profesionales destacados y las anuncian como tales en las portadas.

Si se ofrece tal abundancia de entrevistas no es por casualidad. Los periódicos se encuentran en nuestros días sosteniendo un difícil equilibrio entre la solidez de sus contenidos, que es lo que puede diferenciarlos de la facilidad de los medios audiovisuales, y la ligereza de los

1. Éste es un problema general de nuestras redacciones, que utilizan para la información de calle a los que comienzan, mientras que retiran hacia los puestos burocráticos, más cómodos, a los periodistas experimentados. Cuando González-Ruano volvió a la entrevista en la década de los cincuenta confesaba que «a mis años ponerme a hacer interviús no era, dentro del escalafón literario, un intento precisamente glorioso, y comprendí desde el primer momento que, si no lo hacía muy bien, era un retroceso para mí, casi ridículo en lo profesional» (cf. Gómez-Santos, s.a., p. 30).

textos, que los haga accesibles a un mayor número de lectores, público que en general no se caracteriza por su búsqueda de la profundidad. Como se ha dicho en alguna ocasión, la televisión ha llegado a España cuando los hábitos lectores no se encontraban asentados entre nosotros. Lo cual indica que se ha pasado directamente del analfabetismo funcional a una recepción pasiva de la información, obviando esa etapa de participación y de identificación con los medios escritos, que es lo que da un marchamo a los pueblos más cultos y formados.

Es precisamente este contexto el que hace que la entrevista se convierta en uno de los textos periodísticos de mayor aceptación. Es notable la calidez humana que ofrece y el acercamiento de los personajes que propicia, con lo que el número de entrevistas se halla en relación con la popularidad del medio. Pero debe tenerse en cuenta que no existe en España una diferencia abismal entre periódicos serios y periódicos superficiales y sensacionalistas. Por eso no hay grandes diferencias en el espacio que dedican a las entrevistas unos medios y otros, y en todos se aprecia una buena acogida.

La entrevista es un tipo de escrito muy digerible. Cuando están bien realizadas y se pregunta de forma adecuada a quien tiene algo que contar, el resultado suele ser excelente. En los mejores periódicos no se desperdicia espacio para encuentros por motivos fútiles o para aquellos en que los resultados obtenidos no han sido los esperados. En este sentido hay una minusvaloración de la entrevista en algunos periódicos locales, donde se abusa de los diálogos improductivos o realizados por simple conveniencia de imagen, puesto que algunos personajillos se sienten halagados cuando se les solicita para este menester.

El ~~desprestigio~~ de la entrevista se hace entonces patente, más que por ineptitud del entrevistador (aunque puede que éste no obtenga todo el ~~rendimiento~~ que sería menester), por una recurrencia excesiva a un género que no se presta a vulgaridades o tópicos. «Abundan

como desecho periodístico las entrevistas vulgares, facilonas, llenas de adjetivos desprestigiados y motivadas por simple complacencia de un compromiso. Se registran con honores de excepción aquellas otras que responden a un motivo puramente periodístico, están realizadas con talento...», afirmaba Herraiz hace décadas (p. 94).

La entrevista se ha convertido en un medio privilegiado para la comunicación periodística, tanto la que se ciñe a la actualidad como la que profundiza en la trayectoria y pensamiento de algún personaje. Ambas —y me atreveré a suponer que especialmente la segunda— se leen con gozo, con mayor agrado que muchos otros escritos. Por eso no es extraño que proliferen tanto en los periódicos.

Si a veces los textos periodísticos son contemplados con suspicacia por historiadores y lectores actuales, la entrevista nos parece que goza de un aprecio por encima de otros géneros. Antes, en los estudios más profundos y abarcadores sobre escritores, sólo eran tenidos en cuenta los libros y artículos científicos que se les habían dedicado. Ahora, cuando se escribe sobre un autor de los últimos cien años, se incluye siempre una relación o selección de las entrevistas más importantes e, incluso, se reproducen por entero o fragmentariamente las más significativas.²

Un autor que estudia el valor de los textos memoriales en la literatura catalana (Llorenç Soldevila) ha destacado el papel de la entrevista, en unos momentos en que los epistolarios, al haberse impuesto el uso del teléfono, han entrado en una progresiva recesión: «De

2. Por ejemplo, en el tercer tomo de las *Obras completas* de García Lorca (edición de Arturo del Hoyo en Aguilar) se incluyen casi doscientas páginas de «Entrevistas y declaraciones», con medio centenar de ellas, firmadas por una extensa nómina de hombres ilustres en la literatura y el periodismo: Francisco Ayala, González Olmedilla, Giménez Caballero, José María Salaverría, Pedro Massa, Juan Chabás, Antonio de Obregón, Ángel Lázaro, Nicolás González-Deleito, Miguel Pérez Ferrero y Bagaría, entre otros. En nuestros días constituye un material inapreciable en el estudio de las grandes figuras de la cultura.

hecho, la conversación o interviú, un género nacido en pleno siglo XIX a caballo de la recreación literaria y el periodismo, ha acabado siendo en nuestros días un sustituto muy valioso e imprescindible de la información que, tradicionalmente, nos podía proporcionar el epistolario.»

Otro aspecto importante que no siempre ha sido tenido en cuenta es que en la entrevista se evidencia el poder social del periodista, no sólo para formular preguntas, sino sobre todo en su exigencia para que se dé respuesta a los interrogantes que presenta a los interlocutores. Naturalmente las preguntas no se efectúan con exclusividad para realizar las entrevistas, pero encuentran en éstas su aplicación más propia. «Sólo a los jueces y a los periodistas les es lícito el preguntarlo todo—aseguraba Rafael Mainar casi un siglo atrás—; pero el juez tiene autoridad para exigir la respuesta y el periodista ha de obtenerla por habilidad al preguntar» (p. 96). No es sólo cuestión de habilidad en el interrogatorio, sino capacidad para presentarse como intermediario entre protagonistas o testigos y el público que necesita conocer los hechos y las opiniones. Tampoco es que haya que deberlo todo a las dotes personales y profesionales de que se encuentre provisto, pues se beneficiará de la imagen y la prestancia que el medio al que representa tiene en el seno de la comunidad a la que sirve.

Todos no contemplan semejante posición preponderante con entusiasmo. Por ejemplo, el escritor checoslovaco Milan Kundera dedicó uno de los capítulos de su novela *La inmortalidad* a lo que califica como «El decimoprimer mandamiento», que no es otro que la exigencia de que el individuo diga la verdad a quien tiene poder para exigírsela. En nuestros días, quien está dotado de tales derechos ya no es tanto el juez o los Estados fascistas y comunistas, sino el periodista (ésta es su opinión).

La ironía que destila este capítulo parece traducir una actitud firme del novelista, poco amigo por cierto de

que lo entrevisten en los medios de comunicación. Su pensamiento queda reflejado en este párrafo, que contiene una dosis tan elevada de intuición como de provocación:

El periodista comprendió que lo de hacer preguntas no era simplemente el método de trabajo de un reportero, que realiza sus investigaciones modestamente con una libreta y un lápiz en la mano, sino un modo de ejercer el poder. Periodista no es aquel que pregunta, sino aquel que tiene el sagrado derecho de preguntar, de preguntarle a quien sea lo que sea. ¿Acaso no tenemos todos ese derecho? ¿Y no es acaso la pregunta un puente de comprensión tendido de hombre a hombre? Quizá. Por eso precisaré mi afirmación: el poder del periodista no está basado en el derecho a preguntar, sino en el derecho a exigir respuestas (p. 135).

Los Estados totalitarios podían introducirse en los rincones más secretos y reservados de la vida y del pensamiento de sus súbditos, pero caídas en el desprestigio —que no en la práctica— aquellas formas de gobernar, se abrió paso el poder omnímodo del periodista, según la exageración de Kundera. Porque, claro está, lo que va describiendo no es un estado real del mundo, sino una deformación de ciertas actitudes: sensatas, unas; viciadas, otras. Ese poder para nuestro colectivo, según nos atribuye, no responde a una realidad o sólo lo intentan ejercer de esta manera cuatro iluminados que se creen que el bolígrafo o el micro les sitúa sobre la libre voluntad de sus conciudadanos. Sí es verdad, al mismo tiempo, que los periodistas ostentan un mandato de la comunidad a la que sirven como «perros guardianes de las instituciones», como gusta decir al profesor Martínez Albertos, que cita a varios autores, señaladamente a Lippmann.

«El reportero personifica el derecho del público a conocer determinadas cosas», asegura Bond (p. 132). No se tra-

ta de un poder omnímodo y de eso hay que convencer al mismo periodista, que «a veces cree que representa el derecho del público a conocer todo, pero hay ocasiones en que “todo” no concierne al público». Para Santamarina, la actividad del periodista en este campo es el «resultado y representación de la curiosidad general y legítima del público». Pensar en esta responsabilidad es lo que «debe sostener en su energía al buen reportero para no fracasar» (p. 33). González-Ruano dice actuar por el «deseo de satisfacer una lógica curiosidad popular. Soy el embajador del público, simplemente» (1930, p. 41).

Los políticos, por fuertes y encumbrados que se encuentren, ya no son destronados por las armas o las intrigas, sino —como quiere hacer creer Kundera— «mediante la mera fuerza de la pregunta» (p. 137). No cabe duda de que, en lo que atañe a la entrevista, hay aquí una confusión de raíz. Pedro Rodríguez (p. 66) habla del derecho a preguntar, pero «a quien se somete, libremente, al juego de los “por qué” de la curiosidad». Y es que nadie está obligado a aceptar estos encuentros, pero al mismo tiempo, si se accede —o se solicita, como ocurre tantas veces— no se pueden poner condiciones para ser preguntados exclusivamente por aquello que apetece responder.

El periodista no es un mero altavoz, transmisor de lo que le quieran contar, sino intermediario de las cuestiones que el público lector desea formular. Muchas veces éste, que puede identificarse con el pueblo o con el electorado, de alguna manera delega en el entrevistador las preguntas que le gustaría hacer al político o representante de un poder si le permitieran acercarse a él. No se le puede defraudar con apaños y componendas que hurtan ciertas realidades y opiniones poco gratas. «En la entrevista —con excepción quizá de esos intercambios triviales cuyo objeto es casi publicitario—, siempre se juega al descubrimiento de una verdad, una revelación que el diálogo, en alguna medida próximo a la indagación

detectivesca, ayudaría a descubrir», según Leonor Arfuch (p. 24).

Claro que a veces el interés de algunos periodistas por la entrevista no procede de los absolutos y sofisticados poderes que nos atribuye el escritor checo, sino de otros más prosaicos, pero no menos efectivos. No vamos a pensar que siempre ocurren situaciones como la que graciosamente cuenta Plinio Apuleyo Mendoza en uno de sus libros memoriales: «Camila, mi hija, en vez de soñar con Polanski, como soñaba yo con Ingrid Bergman, se empeñó en conocerlo. “Hazle una entrevista y preséntamelo”, decía» (1986, p. 132). Es evidente que a través de tales encuentros se pueden obtener muchos beneficios y no sería el primer caso que el ejercicio de la entrevista ha llevado hasta el matrimonio, por ejemplo. Ahí está Marina Castaño, segunda esposa de Cela. Según un reportaje de Lola Galán en *El País*, del tiempo en que se divulgaron sus amores, «le hizo una primera entrevista, pero la verdadera fascinación por el personaje [...] no surgió hasta la segunda entrevista, esta vez en Santiago de Compostela ante los micrófonos de la radio. “Tenía miedo”, escribe Marina en relación con su estado de ánimo ante la conversación, “porque tiene fama de ser un hombre áspero e inasequible. Pero ese fantasma se desvaneció a la primera pregunta”. Hasta el punto de que la charla duró dos horas, algo más del tiempo programado».

Bromas y anécdotas aparte —aunque resultan reveladoras de la seducción que acompaña a todas las entrevistas en profundidad—, no es extraño que alguien plantee con buen sentido un encuentro o un conjunto de ellos con el afán de aproximarse a uno o varios personajes. Dicho así podría parecer que se trata de un aprovechamiento o comercio indebido, ajeno a los puros intereses espirituales que deben adornar el periodismo, pero a lo que nos referimos es a ciertas actitudes que no tienen nada de inconfesables.

Recordamos ahora que la malograda periodista cata-

lana Montserrat Roig llevó a cabo una serie de entrevistas con diversos autores en los comienzos de su carrera como escritora y más tarde confesaría paladinamente que lo hizo porque necesitaba interrogarles acerca del aprendizaje de la escritura, como una iniciación en el oficio al que aspiraba: «La verdad es que fui confeccionando el libro a partir de una posición egoísta.»

No es un caso único. Explica Vargas Llosa en un reciente libro de memorias (*El pez en el agua*) de qué manera influyó en su formación la serie de entrevistas semanales que realizó en su juventud para el suplemento dominical de *El Comercio* de Lima, que «fueron muy instructivas sobre la situación de la literatura peruana, aunque a menudo decepcionantes». Era la época en que, deslumbrado por la obra de Faulkner, vivía fascinado por la técnica de la novela y leía todas las que caían en sus manos observando atentamente la estructura interna y la disposición de sus elementos: «A todos los novelistas y cuentistas que entrevisté los interrogaba sobre la forma narrativa, sobre sus preocupaciones técnicas, y siempre me desmoralizaban sus respuestas» (pp. 344-347).

Ya se ve que este afán por aprender a través de las palabras de los entrevistados no es una desviación de los fines que un periodista debe procurar en su trabajo. Al contrario, se trata de una laudable práctica que ojalá se encontrara más extendida, porque la preocupación de un periodista en su mejora individual puede ser compartida por un gran número de lectores. Montserrat Roig (1975, pp. 12-13) admitía en una ocasión que todos los personajes entrevistados la habían ayudado mucho: unos con su grandeza intelectual, otros por su profundidad humana y el pequeño resto con la negación de todo lo anterior: «Ellos me han enseñado más que los libros.» Para Sainz Guerrero la «gran verdad» es que «la mejor forma de aprender es preguntar». Algo semejante concluía otro compañero: «Lo poco que sé lo he aprendido preguntando» (Arturo San Agustín, p. 11).